

UN LIBRO CIERTAMENTE NUEVO

Rosa Chacel*

¿Qué objeción le pondremos a este libro extrañamente magistral? Solo una que no pasa de la cubierta, el título: *Dos veranos*. No, decididamente, éste no es el título que corresponde a tal novela. Por varias razones: primera, porque el drama del libro no consiste en un par de episodios estivales, sino en toda la vida de un muchacho, infancia y adolescencia. Poco importa que ciertos hechos culminen en dos veranos: el clima de resolana, de sequía, que va de la primera a la última página, no tiene nada que ver con la estación del año; es, simplemente, la tónica de un destino.

Pero no sólo por esto es inadecuado el título. Hay además entre título y obra una discordancia de estilo o, más bien, de moda. *Estilo*, es una palabra respetable, *moda*, en cambio, siempre fue vilipendiada. Sin embargo, en esta ocasión es la palabra moda la que conviene emplear. El libro de Elvira Orphée corresponde a una moda y su título a otra. ¿Indicará la palabra moda, en literatura, solamente algo deleznable y pasajero? Nada de eso; con este término señalamos un movimiento común, urgente, que *hace furor*, que da a la fisonomía de las cosas un *new look*. Y esa visión nueva no tiene por qué ser superficial. Las modas, en arte, o son impuestas por algún genio que de pronto decreta: "Esto es lo que hay que hacer", o son originadas por algún fenómeno social, algún hecho dramático y extenso, algún cambio en el orden de las cosas. A la luz de este fenómeno que involucra nuestro presente, vemos de pronto el pasado del orbe entero, y sentimos la necesidad apremiante de expresarlo según la nueva

norma. Por eso conviene emplear la palabra *estilo* para las formas del pretérito, que podemos ya apreciar en su ciclo cumplido, con todas sus desviaciones y concomitancias, y la palabra *moda* para las formas que estamos viendo brotar cuyo valor últimos no prevemos, pero sí comprobamos su eficiencia y arrastre.

Dos veranos es una novela que puede situarse entre las de primer rango en la norma del tan discutido como avasallador neorrealismo: su título corresponde a la moda anterior, es una reminiscencia. Pero, podrán decir, ¿Por qué machacar tanto sobre un detalle tan poco importante? Pues porque con ello intento explicar la empresa difícilísima y arriesgada que Elvira Orphée ha sido capaz de acometer: una novela de ambiente provinciano, la historia de un indiecito huérfano al servicio de unas gentes acomodadas, que acumula rencor y amargura durante diecisiete años y, secundado por una mala fortuna insuperable, acaba desgraciándose. Esta simple historia podría ser una novela más de ambiente provinciano, realista, pero no lo es. Es una pieza –de increíble perfección en autor novel– ejemplar, representativa del realismo nuevo. Y este nuevo realismo se diferencia del viejo en que está elaborado con todos los *adelantos* técnicos de la anterior *moda* irrealista.

La etapa de refinamiento y dificultad que cumplieron las generaciones anteriores hizo posible la frescura, la sutileza, la intensidad de esta vuelta atrás, que no representa retroceso, sino, por el contrario, progreso de medios y de facultades. Empleé poco antes el término *adelantos*, porque quiero señalar muy principalmente la precisión de los instrumentos con que actúa Elvira Orphée en su libro. Y sigo acumulando términos que sueñan a herramientas, porque este libro que nos describe una infancia abrumada por terribles presiones... , bueno, esta historia llena de dolor, de rebeldía y de poesía esta delineada y regida por una cabeza implacablemente cla-

ra, varonil, por una voluntad que va a donde se pone, hasta el fin.

Los instrumentos de que se vale son, primero, el análisis psicológico del protagonista, Sixto Riera, nunca situado en primer plano, sino siempre en el eje. Es decir, que el análisis no se aísla jamás, sino que le muestra como centro sensible, como corazón del pequeño mundo acotado. Segundo, el juego idiomático, que pasa de la elemental dialectal, con sus deformaciones fonéticas, con su expresión deficiente y agudísima, que parece no apta para decir bastante, pero que dice más –dice el secreto de quien lo dice– a la fácil perfección de los párrafos que describen en lenguaje culto lugares, situaciones o pasiones con levedad impersonal. Tercero, la sutilísima, compleja y sistemática trama de ideas, verdadero argumento del libro, que se entreteje con el drama de los hechos.

Con estos elementos Elvira Orphée ha creado un libro raro, fiel imagen de la vida provinciana del noroeste argentino que, más que informarnos, nos transporta a ella, nos lleva a conocerla en lo más íntimo (total ausencia de tipismo, ni por casualidad un cachivache para turistas), nos hace sentir, con la mayor intensidad posible, el alma local (no el color), nos convence de que aquello que pasa solo puede pasar allí, aunque desconozcamos por completo tal región. Gentes y paisajes, con el mínimo de descripción, se presentan tan evidentes como la estepa rusa o el suburbio de Londres en la buena literatura de esas tierras. Y, claro está, como en la buena literatura de todas las latitudes, un hombre... , un hombrecito, un muchacho desamparado y negruzco, padece tormentos y angustias de dimensión universal.

Pero la rareza del libro culmina en el alma singular de Sixto Riera. Ya hemos dicho que se trata de un indiecito de poco años, huérfano, miserable y más bien feo. Consciente de su fealdad y su miseria, sin resignación, amargado hasta el alma. La primera frase del libro es ésta: "A alguien de mi familia lo debe de haber picado una víbora.

Desde que amanece estoy rabioso”. Y poco después: “yo heredé la sangre envenenada”. Es decir, que Sixto Riera se siente como una esponja empapada en hiel. Sin embargo, no es repelente, el tono que difunde su humanidad no mancha el universo; al contrario, lo ilumina a veces con los chispazos de su ambición directa, desnuda, sin recato. Y es que Sixto Riera carece por completo de *resentimiento*. Es amargado y rencoroso, pero no *resentido*. (Como lo que hoy en día padecemos en mayor escala es el resentimiento, como vivimos inmersos en él, lo respiramos, lo mascamos, temo que ya casi no podemos distinguirlo, y puntúo que llamo resentimiento al rencor que da por resultado un falso orden de valores, esto es, da como feo lo bello y como amargo lo dulce.) En el alma de Sixto Riera no hay nada torcido. Hay, sí, una inhibición frecuente que se manifiesta como torpeza, originando continuos fracasos y anulando sus impulsos mejores. Por entre su sangre envenenada sube a veces como una burbuja de piedad, ante el sufrimiento de la enferma a quien tiene que friccionar las piernas tumefactas, pero no la deja explotar. Cegado por la cortina roja de su cólera, inventa para su trato con ella un estilo de insolencia que la enferma soporta o, más bien, admite como cosa convencional.

En las primeras siete u ocho páginas del libro está ya Sixto Riera completo. Repito que en un autor novel es increíble la maestría de la construcción. Empieza la historia con la mañana, con el comienzo del día del pequeño sirviente, que tiene como primera obligación preparar el ungüento para la enferma. En pocas líneas queda definida la relación del muchachito de trece años con la señora que lleva ya quince inmovilizada. Queda también en claro la situación de Sixto ante toda la familia y los motivos que le trajeron a la casa. Su personalidad, que él mismo en la primera página muestra en su aspecto más fatal, no es simple porque la fatalidad le impone ejercicios complejísimos, le hace leer en libros verdaderamente cifrados. Por ejemplo:

“-Déjame ya, gime la enferma.

-¿Le abro la ventana?

Dentro del cuarto hay un fétido olor a remedios y orines. Sin esperar que le conteste va hacia la ventana y la abre. Ahora viene uno de los momentos más insoportables del día, cuando tiene que arrodillarse bajo la cama y sacar la escupidera.”

Este es el hecho, pero sucede que “No puede dejar de mirarla, sin embargo; es de porcelana y tiene un dibujo muy bonito: un castillo con una escalera que baja hasta un lago. El castillo y el lago son de un color azul intenso y en el lago hay un cisne que parece una estrella. Él no sabía que eso fuera un castillo: se lo explicaron los chicos. Ahí dentro viven señoras rubias y hombres que van a la guerra. Nunca piensan en comer, oyen música todo el día y tienen sirvientes nada más para que los hagan reír. ¡Sirvientes! ¡Sirvientes como él! ¿En el mundo no hay más que patronos y sirvientes? ¡No! ¡No será un sirviente! Ganará mucha plata, se casará con una mujer blanca, rubia, que toque el piano y tenga las manos rellenas. Comprará dos automóviles... , no, tres o cuatro; una enorme casa con torres, como un castillo, y estará el día entero tirado en un sofá de seda blanca.”

Todos sus conflictos de raza despiertos, toda su intuición de la más alta cultura adquirida en esa forma. El lago azul resplandeciendo bajo el lago de orines y el pasado sublime, señorial, haciéndole anhelar un futuro como una mujer blanca, como un sofá blanco... A ese paraíso se da acceso por la escala del dinero.

Otro de los trozos magistrales es el viaje en ómnibus a la ciudad, para hacer encargos. Sixto se abandona a un ensueño que cultiva siempre en esta situación: imagina que es un niño robado y su fantasía se desarrolla a lo largo del viaje, entremezclada a todos los episodios del camino, subidas de pasajeros, cosas observadas desde la ventanilla, gentes, animales, ranchos entreabiertos. No se puede decir que la ensoñación se interrumpa por reflexiones,

aunque extremadamente lúcidas, tienen el mismo carácter de delirio: “Una mujer sube al ómnibus con un niño de pecho y otros dos tímidamente tomados de la mano”. Pasan mil cosas, hay diálogos entre los pasajeros, Sixto reflexiona:

“Él pensó dejarle el asiento cuando la vio subir, pero con su maldita vergüenza no se animó; se le ocurría que todos iban a mirarlo y a burlarse en voz alta. Siempre se han de estar burlando de las cosas buenas, les parecen mariconadas. No se atrevió a cederle su sitio, pero tampoco abandonó la idea. Pospuso el momento hasta el próximo barquinazo y luego de esta resolución respiró con más alivio. Pero se produjo el barquinazo y su cuerpo se negó de plano a dejar el asiento. “¡Vamos!”, lo animó él, temblando, pero no hubo nada que hacerle: su cuerpo permaneció reacio y su alma asumió las culpas con una infinita amargura y una infinita confusión.”

Y siguen subiendo gentes. La precisión de las frases, la espontaneidad y la gracia de los giros dialectales, siempre en párrafos tan breves que no da jamás la impresión de una jerga mantenida para lograr ambiente, todo mezclado al polvo de la carretera y a las fisonomías que aparecen, netas, con solo un levísimo rasgo, hace vivir el terrible y delicioso viaje. Delicioso porque el ensueño sigue hasta el fin, y terrible porque... “Frente al dispensario una mujer le hace al chófer señas de que pare. Sostiene del brazo a un hombre con toda la parte superior de la cara cubierta por un pañuelo negro”. El chófer no quiere parar porque no es allí la parada, pero a instancia de los pasajeros para.

“-Ha’i tener tracoma -oye a su lado.

La mujer está ayudándolo a subir. El guarda lo toma de un brazo desde arriba. ¡Qué tracoma ni tracoma! ¡Lepra es lo que tiene!”

Las consideraciones de Sixto sobre la enfermedad horrenda brotan en torrente, el temor de que los que están a su lado puedan cederle el asiento le acosa y la ensoñación sucumbe ante la alarma;

“ya no puede retomar su juego y decirse que es un niño robado. El leproso está justo, justo al lado de la mujer con los chicos y no puede pensar en otra cosa. A cada barquinazo su mano roza las caras infantiles. Y todo por su culpa. Si le hubiera dado su asiento a la mujer, como pensó, habría evitado a esas criaturas una enfermedad horrible. Se incorpora como para mirar el camino por los vidrios delanteros. En realidad, trata de ver, volviendo la cabeza hacia el pasillo, si el hombre toca la cara de los chicos. No lo consigue: los niños han desaparecido entre tanta gente. ‘Se deben estar asfixiando’, piensa alarmado.”

Hay en ese modo de frustrarse para el bien, de resbalar más tarde al mal por el derrotero de la rebeldía como un mero fenómeno de inadaptación. Es el fondo asiático del indio que no logra equilibrarse ni orientarse en la cultura de occidente. Aunque decir que es mero fenómeno de inadaptación tal vez sea dejarlo limitado al aspecto práctico. La estricta verdad, de fondo, es que es un caso de *misterio*.

Abunda la literatura en que se trata de poner al lector de mentalidad occidental ante el misterio de otras razas. En este libro, el drama es el de un indiecito absorto ante el misterio del alma occidental. *Misterio* y nada más que *misterio*. Ya he dicho en otra ocasión que sólo se puede llamar misterio a lo que no es, en modo alguno, aclarable, a lo que sólo por la vía del amor es penetrable. En el éxtasis de este misterio disipa su vida Sixto Riera.

Oigo gritar a muchos, ¡Anatema! Pero ¿por qué alterarse? ¿No querían realidad argentina? Pues ahí lo tienen. Sixto Riera está ahí desde hace muchos años y ahora Elvira Orphée le ha prestado su voz. ¡Y cómo!, con el úni-

co acento que sirve para algo. No con alegatos y proyectos, ni soluciones optimistas, sino con una cruda poesía desesperada, con una exposición de pecado, de fatalidad implacable; tal como es, en realidad, el hecho.

He dicho que no logra *equilibrarse ni orientarse*; eso es lo único que no logra y ése es el acierto, nunca bastante alabado, de Elvira Orphée. Sixto Riera no es un incapaz, no denota en ningún momento inferioridad de condiciones en cuanto a inteligencia o habilidad, pero la inferioridad de su situación no es una mera *situación*, y él lo sabe. Por eso anhela dar el salto a ese mundo que no es el suyo, sin comprender que la puerta falsa del delito no es la que conduce a su verdadero deseo. Se lanza por ella, principalmente, porque es el camino más corto, y el apremio de su ambición tiene todas las características de la impaciencia amorosa. En la historia de Sixto Riera no hay amores; las escaramuzas sexuales que surgen accidentalmente son muy justas como hitos en su pubertad, pero no difunden clima erótico. Sin embargo, en todo el libro, desde el comienzo, hay un eros latente: esa mujer blanca y más ese sofá blanco en el que quiere estar “el día entero tirado” es el amor imposible –él lo cree su finalidad, cuando es su ambición de origen– de una madre blanca. Su ensueño en el ómnibus comienza así: “Es un chico robado y su verdadera madre una señora morocha (la preferiría rubia, mas no encuentra forma de conciliar su color con el de una madre rubia), pero bonita”. Sí, ese amor imposible llena la vida de Sixto Riera y sigue ardiendo después de su delito con la misma pureza. Pureza, esto es, verdad.

El libro está dividido en dos partes; entre ellas queda un vano de tres años. En la casa de sus antiguos patrones se le ha hecho la vida imposible y deciden mandarle a una colonia. De allí se escapa a los tres años, con otro, y en combinación con otros dos matan a un viejo y le roban la plata. Perfecta e intensísima huida, con todas sus peripecias. Imposible enumerar los matices, la variedad de situaciones. Mencionaré sólo una especie de orgía en un

rancho (de qué especie, se puede juzgar por este diálogo: “La madera endeble de la mesa queda temblequeando. Una de las mujeres pide:

–¿Por qué no me l’emparejás laj pataj, Perico?

–Un día d’estoj que no trabaje.”) en la que Sixto formula amplia y apasionadamente su entusiasmo por los tangos... “Cómo le gustaría cantar a él también. Son tan tristes y tan lindos los tangos... Algunos no los entiende del todo, están escritos en difícil, pero lo mismo le dan ganas de llorar.” “Está pendiente del canto y como no es cuestión de desperdiciar ni un poquito de la tristeza, se esfuerza porque la letra responda a una verdad.”

Ya de chico, contemplando un retrato de Gardel, había expresado su deseo de ser cantor de tangos. Ése era su camino recto hacia el triunfo. Pudo haberlo seguido. “Entonado es, canta mejor que muchos. ¿Entonces? A lo mejor, algún día su retrato andará también por todas partes.” Y después de su delito, que no le deprime demasiado, pues quien mató no fue él, sino que le mantiene en un plano de irrealidad, de extenuamiento y confusión, los tangos vuelven a aparecer como la vía de acceso a todo lo deseable.

Alguien canta: “Sin pensar que eran como esos otros ojos, los perversos, los que hundieron mi vivir”.

“No, la mujer del camino no. Aunque aquella le hubiera dicho ‘descansa’ no se habría quedado. Él quiere gente blanca, educada y alegre. ¿Y para qué la querés? ¿Para odiarla, como a Lucio y Felisa?... Era distinto. Ésos tenían plata y me basurreaban. Ahora la plata es mía.”

Las palabras del tango lo envuelven, lo presionan. “Hasta que al fin canta y se embriaga con los aplausos”. Pero le dura poco, la huida se repite y, por traición de los cómplices, que cargan sobre él todas las culpas, y torpeza propia cae en manos de la policía. No se vuelve a saber de él.

Pero dije al principio que Elvira Orphée hace de Sixto Riera el eje de su mundo novelístico y así, al quedar éste sumido en la sombra de su fatalidad, la autora recoge en un trozo sumamente ligero todos los elementos que formaban su esfera. Volvemos a ver la casa de don Joaquín Palau sin Sixto. Una de las chicas, Felisa, tiene novio formal; otra, Lala, estudia y se conduce de modo atrevido. Juan Carlos, el novio formal, lee con escándalo en el diario la noticia sobre Sixto. “Lo único que te digo es: malditos los que se contentan con poco, dijo Lala. El era libre de trabajar, si quería tener mucho, ¿no? ¿Libre?... ¿Libre! ¿Qué es la libertad para nosotros? ¿Quieres que te lo diga? Es solamente la supresión de las trabas más rudimentarias. Un camino a ciegas por lo desconocido. ¿O vos te crees que es libertad poder gritar viva el doctor tal y muera el doctor cual? ¿Es libertad poder comer todos los días matándose de trabajar? ¿Es libertad volver a casa y tener que contestar preguntas? Te regalo tu libertad para que te la metas ya sabes dónde. La única libertad para nosotros es la resignación. Somos libres de resignarnos o no. Somos libres de aceptar con corrección la fatalidad. Claro que Sixto fue libre. Libre de decirse: soy Sixto Riera, hijo de padre desconocido, chico abandonado, de raza sospechosa, heredero de una buena carga de pobreza, fealdad, embrutecimiento. Soy Sixto Riera y seguiré siéndolo siempre. Pudo decirlo, pero no lo hizo. Quiso ser Sixto Riera, el otro, el que desafía el obstáculo, el que triunfa de sus padres, de su raza, de su fealdad. . . No hables de una cosa cuando no sepas.”

Con este responso le acompaña Lala en su perdición y la enferma vive angustiada por saber el fin de su proceso.

“Qué suerte que la pobre tenga eso para entretenerse, piensa Zoila. Así no se acuerda que le duele.” Es lo que dice la sirvientita nueva que substituye a Sixto.

“Zoila empieza el masaje.

En el almacén se oye el ruido de las trancas. El día empieza.”

He sabido después de empezada esta nota que el primitivo título del libro era “Sixto Riera”. ¡Claro!, no podía ser otro. ¿Por qué lo habrá cambiado? ¿Y qué hará ahora Elvira Orphée (una mujer tan suavcita, tan refinada: un novelista tan feroz, tan rudo, tan implacable) cuando las discusiones sobre su libro conmuevan a Buenos Aires, cuando las ediciones se agoten en pocos días y los críticos pongan su nombre a la altura de los más felices triunfadores de éxito mundial? Yo creo que lo mejor que puede hacer es desentenderse del clamor y seguir escribiendo. Pero ¿y si no hay clamor? ¿Y si se le concede amablemente el éxito –porque negárselo es imposible–, pero nadie se toma el trabajo de gritar que ha surgido un libro *raro*, un libro del que habría que hablar mucho? . . . En ese caso debe también desentenderse del silencio y escribir otro en el que el látigo restalle aún más fuerte.

*(Valladolid, 1898 - Madrid, 1994). Publicó entre otros *Memorias de Leticia Valle* (Emecé, 1945), *Ofrenda a una virgen loca* (Ed. Universidad Veracruzana, 1961), *Ciencias naturales* (Seix Barral, 1988), *Poesía (1931-1991)* (Tusquets, 1992).

Fuente: Revista SUR, n° 245, Marzo y Abril de 1957, Buenos Aires.